

La religión no lo envenena todo, todo envenena a la religión

Presentación de Ferdinand Mount

Traducción de Andrés Abril

“La Inquisición, las Cruzadas, los grupos yihadistas... Mucha gente asocia a las religiones con guerras y sufrimientos. En su nuevo libro Karen Armstrong trata de entender si realmente la culpa de los males de la humanidad la tienen las religiones. El libro de Karen Armstrong *Fields of Blood: Religion and The History of Violence (Campos de sangre: religión y la historia de la violencia)*, purifica, deshace muchos clichés occidentales y puede al mismo tiempo, hacer un pequeño trabajo de reparar en el corazón”, como escribe Ferdinand Mount, en la reseña del libro de Karen Armstrong, la ex-monja argumenta convincentemente que el éxito corrompe a las religiones.

Se desliza fácilmente fuera de la lengua. De hecho es un mantra moderno. “La religión origina todas las guerras”. Karen Armstrong asegura haber escuchado esto siendo recitado por psiquiatras estadounidenses, taxistas londinenses y casi todo el mundo en general. Y sin embargo es extraño decirlo. *Para comenzar, ¿de qué guerras estamos hablando?* Entre las múltiples causas que dieron lugar a la Gran Guerra, pasando por los horarios de trenes en el continente hasta la deformidad en el brazo del káiser, nunca he escuchado que la religión sea mencionada.

Y lo mismo con la Segunda Guerra Mundial. Los peores genocidios del último siglo –el asesinato de los judíos por parte de Hitler y la masacre de armenios por parte de Atatürk (sin mencionar también su expulsión y la masacre de griegos en Asia Menor)– fueron perpetrados por nacionalistas seculares que odiaban la religión en la que habían nacido. Las largas guerras británicas de los siglos XVIII y XIX –las Guerras Napoleónicas

y la Guerra de los Siete Años– las pelearon aquellos que Wellington denominaba “la escoria del planeta” por la tierra y el imperio, no por la fe a la que ellos pertenecían nominalmente.

Debemos retroceder al siglo XVII y las Guerras de religión para encontrar un posible candidato. Hobbes ciertamente creía que los predicadores habían sido “la causa de todas nuestras recientes travesuras”. Pero los historiadores modernos están más inclinados a describir la guerra civil inglesa como la Guerra de los Tres Reinos y/o como una lucha en contra de la autocracia de Carlos I. *Las Guerras de religión en el continente parecen ser un efecto secundario de la división cataclísmica que vino con la Reforma, aunque Armstrong señala que también las rivalidades dinásticas vinieron a predominar.* El Papa Pablo IV fue a la guerra contra el devoto católico Felipe II de España. Los reyes católicos de Francia se aliaron con los turcos otomanos en contra de los Habsburgo católicos y pelearon por 30 años del mismo lado que la mitad de los príncipes protestantes de Alemania.

Omitiendo ligeramente guerras no religiosas como la Guerra de las Rosas y la Guerra de los Cien Años, debemos retrotraernos siete siglos atrás a las últimas Cruzadas para encontrar guerras sangrientas e implacables impulsadas por la religión, sin mencionar lo genocidas que fueron (antes de partir, los cruzados usualmente masacraban judíos locales como un entremés).

Abí al menos encontramos un conflicto en donde el latido de la pasión religiosa nunca se desvaneció, aún cuando estaba reforzado por la codicia y la bellicosidad pura. De todos los desatinos pronunciados por aquel maestro de la injuria, George W. Bush, su descripción de la guerra contra el terrorismo como una cruzada se lleva el premio mayor.

Pero en general, durante un milenio en el que la religión se ha extendido inmensamente, ésta no parece ser más que un motivo secundario para la guerra como tal. *¿Qué explica entonces esta convicción obstinada de que la religión es la causa del derramamiento de sangre organizado?* Karen Armstrong, una ex monja que se ha hecho a una formidable reputación como académica de las religiones del mundo es elocuente y empática, lo que es raro, e imparcial, lo que es más raro aún. *Tratando de desembrollar los funestos entrelazamientos entre*

...Mucha gente asocia a las religiones con guerras y sufrimientos. En su nuevo libro Karen Armstrong trata de entender si realmente la culpa de los males de la humanidad la tienen las religiones. El libro de Karen Armstrong *Fields of Blood: Religion and The History of Violence* (Campos de sangre: religión y la historia de la violencia), *purifica, deshace muchos clichés occidentales y puede al mismo tiempo, hacer un pequeño trabajo de reparar en el corazón*...



Manifestaciones contra semanario Charlie Hebdo.

EJE CENTRAL

religión y violencia, ella se mueve a través de los grandes imperios y las principales religiones del mundo. *Fields of Blood* es persistentemente atrapante y la mayoría de las veces tan convincente como lúcido y robusto.

Armstrong comienza, sin embargo, en terreno más bien inestable. Nos dice que “hay poca evidencia de que los primeros humanos pelearan regularmente los unos contra los otros”. Fue cuando dejaron de cazar y recolectar y cuando iniciaron a cultivar que empezó también la competencia por la tierra, las mujeres y el ganado: “Con la agricultura vino la civilización y con la civilización, la guerra”.

Esta es esencialmente la historia del buen salvaje, que se ha vuelto familiar a partir de Rousseau y Margaret Mead, sin mencionar a Marx y Engels. Y sin embargo hoy día es fuertemente rebatida. Steven Pinker, siguiendo al antropólogo Lawrence Keeley, asegura en *The Better Angels of Our Nature* que las posibilidades de una muerte violenta eran mucho mayores y peores para los cazadores-recolectores prehistóricos que para nosotros –30 veces peor, según Keeley. Otros antropólogos aún afirman que nuestros ancestros más remotos pasaban su tiempo riendo, haciendo el amor y divirtiéndose con juegos inofensivos. Es difícil decir quién tiene la razón. Parece ser una cuestión de contar hendiduras de hacha en una muestra poco fiable de esqueletos. Debo decir sin embargo, que la tesis general de Pinker, la de que el mundo se está volviendo continuamente más pacífico, parece ser poco convincente ahora mismo.

Armstrong alcanza su mejor momento al exponer los elementos históricos que

cristalizan las grandes religiones. Típicamente, dice ella, las religiones emergen en condiciones de tensión social y violencia opresiva del estado. El fundador predica que la matanza cruel e incesante puede ser cuestionada si aprendemos a ver al Otro como nuestro prójimo. Invariablemente su regla de oro es: *todos los hombres son iguales bajo la mirada de Dios, haz como quieres que hagan, ama a tus enemigos, da la otra mejilla*.

Este mensaje es común a Confucio, Zoroastro, Jesús, Gurú Nanak –el fundador del sijismo–, Gandhi y la enfermera Cavell. Se comenta también que Mahoma dijo a sus seguidores que “ninguno de ustedes puede ser un creyente a menos que desee para sus vecinos lo que desea para sí mismo”. Hay muchos versos en el Corán en los que se instruye a los musulmanes a no tomar retaliación sino a perdonar y contenerse, y a responder a la agresión con misericordia, paciencia y cortesía.

Pero por supuesto hay otros versos en los que no, como el conocido Versículo de la Espada, que incita a los fieles a masacrar idólatras. La triste verdad es que las religiones son corrompidas por el éxito. Tanto más populares se vuelven, más propensas están a ser jaladas a ámbitos del poder estatal y a remodelar sus prácticas y doctrinas para adaptarse a sus nuevos gobernantes supremos. Armstrong reflexiona con pesimismo: *Cada gran tradición religiosa ha acompañado a la entidad política en la que surgió; ninguna se ha vuelto una “religión mundial” sin el patrocinio de un imperio poderoso militarmente y cada tradición tuvo que desarrollar su ideología imperial*.

Armstrong argumenta persuasivamente que es bajo la presión acumulada de la invasión externa y la opresión interna que los agravios seculares mutan en una jihad.

Uno puede mantener la antigua fe, como lo hacen los sufís y los cuáqueros, pero eso significa quedar por fuera del círculo. *La conversión de Constantino significó también el reclutamiento del cristianismo.* Y eso no fue mucho antes de que Agustín de Hipona desarrollara la conveniente teoría de la “guerra justa”. *De manera similar los hadices, los tardíos relatos de los dichos del Profeta, confieren una dimensión espiritual guerrillera que no se encuentra en el Corán.* Los sijs militantes hoy día prefieren citar las enseñanzas marciales del Décimo Gurú antes que aquellas de su fundador Gurú Nanak, quien enseñó que solo “aquel que ve a todos los hombres como iguales es religioso”.

Cristopher Hitchens se equivocó con el subtítulo de su libro Dios no es bueno. No debería haber sido “Cómo las religiones envenenan todo” sino “Cómo todo envenena a las religiones”. Este es el malentendido que lleva a secularistas fanáticos a exigir que la fe sea dejada fuera de la plaza pública y permanentemente vedada para re-ingresar, como un borracho en un bar que siempre está buscando pelea. La exigencia fue primero escuchada en el siglo XVII proveniente de Hobbes y Locke y devino un artículo de fe para los revolucionarios estadounidenses. Jefferson creía que la Iglesia y el Estado habían probado ser una “combinación repugnante” y estaba determinado a construir un “muro de separación” entre ellas. Lo que él no pudo ver fue que el nacionalismo se apoderaría sin algún esfuerzo de un manto de santurronería y un lenguaje apocalíptico. En un período de 60 años la primera república explícitamente no sectaria explotó en la guerra civil más moderna y letal; su causa fue inmortalizada por la retórica del no religioso Abraham Lincoln.

Desde ese momento la ferocidad de los nacionalistas liberales ha igualado las acciones de los fanáticos en armadura. El mismo Hitch, infinitamente amable en sus relaciones personales, no se quedó atrás como cualquier Saladino secular. Sus declaraciones después del 11 de septiembre fueron abrasantes:

Creo que los enemigos de la civilización deberían ser abatidos y asesinados y derrotados, y no hago una apología de ello... No podemos vivir en el mismo planeta que ellos y eso me alegra, porque no quiero. No quiero respirar

el mismo aire que esos psicópatas y asesinos... Son ellos o yo. Estoy muy feliz de ello porque sé que serán ellos.

Todo tipo de terrorismo es ahora atribuido a intoxicación religiosa. Richard Dawkins nos dice que “solo la fe religiosa es lo suficientemente fuerte para motivar tan absoluta locura en personas de otro modo sensatas y decentes”. Pero Armstrong señala que los ataques suicidas fueron de alguna manera inventados por los Tigres Tameses, “un grupo nacionalista separatista sin tiempo para la religión”. Un estudio de la Universidad de Chicago sobre ataques suicidas alrededor del mundo durante 25 años encontró “escasa conexión entre el suicidio, el terrorismo, y el fundamentalismo islámico, o cualquier religión para lo que concierne”. De 38 ataques suicidas en Líbano durante 1980, 27 fueron perpetrados por secularistas y socialistas, tres por cristianos y solo ocho por musulmanes.

El primer atacante suicida fue probablemente Sansón. El libro de Jueces nos dice que al derribar los pilares del templo él mató más filisteos al momento de su muerte que durante toda su vida. Armstrong señala que la Biblia aprueba este tipo de acciones estilo 11 de Septiembre, y también lo hace Milton en Sansón Agonista:

Nada hay que llorar o lamentar,
y no hay que darse golpes en el pecho,
pues ninguna flaqueza ni desprecio,
reproche o culpa hay, que todo es bueno
y paz nos da con tan loable muerte.

Estas palabras están grabadas en bronce sobre el monumento de Eton College a los cientos de muertos en la Gran Guerra. Israel llama a su capacidad nuclear “la Opción Sansón”. La estrategia Destrucción Mutua Asegurada avala, después de todo, en las inmortales palabras de Tom Lehrer, que “todos nos vamos juntos cuando nos vamos”.

Armstrong argumenta persuasivamente que es bajo la presión acumulada de la invasión externa y la opresión interna que los agravios seculares mutan en una jihad. Para usar un apto pero no muy apreciado término inventado, creo yo, por el Dr. Henry Kissinger, la religión es “armamentizada” –cómo hubiera amado esta palabra el Dr. Strangelove–. Después de años de bloqueo israelí y artero acaparamiento de tierras, la enteramente secular Organización de Liberación

En este sentido, la proclama sería menos “Yo soy Charlie Hebdo” (“Je suis Charlie Hebdo”) y más bien preguntarse, primero, hasta qué punto uno podría haber sido Charlie Hebdo, es decir, hasta dónde uno podría compartir el tono, el estilo y el sentido de la oportunidad de las sátiras sobre Mahoma...

Palestina de Yasser Arafat ha hecho una transición hacia el Movimiento de Resistencia Islámico, o Hamas.

La propia Israel, fundada como refugio secular en los dientes de los rabinos, se ha vuelto una tierra santa después de medio siglo de cerco árabe. Ahora jóvenes de todo el Medio Oriente, muchos de ellos inicialmente seculares e ignorantes del Islam, como lo eran la mayoría de los atacantes del 11 de Septiembre, están siendo agitados por citas seleccionadas de la escritura sagrada para cometer crímenes tan atroces como, bueno, los de Sansón.

La religión hace su reaparición en la política tomando esta horrorosa y pervertida forma por la misma razón por la que emergió inicialmente—como una reacción angustiosa a un mundo descorazonado—. Los occidentales se lamentan de que el Islam nunca haya tenido una Reforma. Los musulmanes pueden replicar que si nosotros no los hubiésemos pisoteado ellos no hubieran necesitado alguna.

El maravilloso libro de Karen Armstrong ciertamente limpia la mente. Puede incluso hacer un pequeño trabajo de reparación en el corazón.

Fuente: *The Spectator*, 20-09-2014.

¿Debemos seguir siendo Charlie Hebdo?

Alejandro Pelfini

Imposible no solidarizarse con las víctimas del atentado sufrido por la redacción del semanario satírico Charlie Hebdo ni impresionarse con la magnitud de las manifestaciones en Francia y en varios lugares del mundo, rechazando cualquier forma de terrorismo y de amenaza a la libertad de prensa. No obstante, y a mi juicio, el nudo del problema no está en el presente y en la condena a un salvaje acto de violencia, sino más bien en la dificultad que muestra Occidente (y Europa Occidental en particular) para aprender de sus excesos y revisar sus acciones. En este sentido, la proclama sería menos “Yo soy Charlie Hebdo” (“Je suis Charlie Hebdo”) y más bien preguntarse, primero, hasta qué punto uno podría haber sido Charlie Hebdo, es decir, hasta dónde uno podría compartir el tono, el estilo y el sentido de la oportunidad de las sátiras sobre Mahoma y luego reproducidas sin control alguno por otros tantos medios occidentales; pasando luego a preguntarse hasta qué punto uno debería seguir siendo Charlie Hebdo cuando en la reacción al atentado terrorista no se hace más que redoblar la apuesta por la sacrosanta libertad de expresión sin haber atendido a los efectos de un mensaje en el otro ni a sus posibles reacciones.

Personalmente no deja de impresionarme lo poco que Europa Occidental ha aprendido de la experiencia con las caricaturas de Mahoma publicadas por el periódico danés *Jyllands-Posten* en el año 2005. En esa oportunidad, por suerte no se sufrió un atentado terrorista, pero sí se extendieron dramáticas protestas a lo largo del mundo islámico en las que también hubo que lamentar víctimas. La respuesta del periódico y del gobierno danés fue reafirmar el derecho a la libertad de expresión sin retractarse ni disculparse por los efectos de la sátira.